



**Especialización en Psicología clínica infantil con orientación en
Psicoanálisis**

Trabajo de integración final

**LA PÉRDIDA DEL PADRE DURANTE EL COMPLEJO DE EDIPO Y LOS
AVATARES DEL TRABAJO DE DUELO. CASO DIEGO**

Autora: Lic. María Andrada

Matrícula UCES: 99777

Directora de la Carrera: Lic. Beatriz Janin

Tutor: Lic. Gabriel Donzino

Entrega: febrero 2024

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN

2. CASO CLÍNICO

2.1. Presentación del caso. La consulta por Diego.

2.2. Algunas observaciones sobre cómo transcurren las entrevistas con Sandra y puntualizaciones sobre el vínculo madre- hijo.

3. EL COMPLEJO DE EDIPO

3.1. El complejo de Edipo según Freud.

3.2. El complejo de Edipo según Françoise Dolto.

3.3. Algunas reflexiones sobre el material clínico de Diego en relación con el complejo de Edipo.

4. EL TRABAJO DE DUELO

4.1. El trabajo de duelo según Freud.

4.2. Especificidades del trabajo de duelo en la infancia. Aportes teóricos actuales.

4.3. Los avatares del trabajo de duelo durante el complejo de Edipo.

4.4. El trabajo de duelo y su observación en la viñeta clínica de Diego.

5. CONSIDERACIONES FINALES

6. BIBLIOGRAFÍA

1. INTRODUCCIÓN

En el siguiente trabajo, me propongo pensar sobre la pérdida del padre durante el complejo de Edipo y los avatares del trabajo de duelo a partir de la presentación de viñetas de un caso clínico: Diego, de diez años. Lejos está la intención de que el texto se lea cerrado o definitivo. El propósito es plantear interrogantes, que puedan funcionar de punto de partida para otras contribuciones o, simplemente, su lectura accione como un estímulo para pensar las cuestiones del duelo en la infancia.

Desde que Freud abrió el campo del psicoanálisis, el complejo de Edipo es considerado central durante la primera infancia, entre los tres y los seis años. Su importancia es decisiva para el ser humano, en cuanto a la organización de la personalidad. En la medida en que se sabe niña o niño, las personas de valor de su propio sexo son para él modelos privilegiados.

En cuanto al complejo de Edipo según Freud, este tema será ampliado y retomado en el apartado 3.1 del trabajo donde se señalarán algunos textos importantes donde el autor hace aportes fundamentales al concepto.

Siguiendo con el tema, Dolto (1985) explica la importancia de mantener la situación triangular durante el complejo de Edipo. La persona de la madre y del padre deben seguir siendo la referencia dominante de sus pulsiones y de la experiencia que de ellas tiene. La autora va a considerar que el período edipiano, en el momento de su resolución, siempre es un período crítico. El niño ha de vivir un duelo durante esta etapa: el de su identificación con la madre, quien no posee pene. En ese período, según Dolto (1985) el niño se vuelve opositor a las órdenes de la madre. Cuando esta fase se prolonga se debe a una carencia en la función paterna.

Por último, Dolto (1985) expresa que la muerte real de uno de los padres siempre es un trauma si sobreviene durante el período edípico.

En el caso del niño que presentaré la pérdida del padre en aquel período de estructuración edipiana, que es el de las fantasías incestuosas y de rivalidad con el progenitor del mismo sexo hace que pierda a su rival y a la vez objeto de amor de quién aún precisa atención y cuidados.

Insisto en decir pérdida y no duelo, ya que como dice Donzino (2003) no ante toda pérdida vamos a encontrarnos con un duelo.

Un niño en duelo está inmerso en un medio ambiente aquejado también por una pérdida, lo que confiere a este trabajo psíquico un elemento adicional a tomar en cuenta en su abordaje terapéutico.

Dice Donzino:

“La consideración más frecuente es ligar el duelo con una pérdida. Y en sentido estricto, no hay duelo sin la pérdida de un objeto. Pero la inversa no es necesariamente así: no ante toda pérdida vamos a encontrarnos con un duelo”. (2003, p.40).

“El duelo es un trabajo, un proceso simbólico, intrapsíquico, de lento y doloroso desprendimiento de un objeto catectizado, que supone un reordenamiento representacional. Es la elaboración psíquica sobre el estatuto de un objeto que ha devenido ausente. En este sentido es humanizante y enriquecedor de la vida anímica. Su contracara, la melancolía, o duelo patológico, en cambio, muestra justamente el fracaso de esta simbolización”. (Donzino, 2003, p. 40).

En la infancia los duelos se presentan de manera diferente que en la adultez y lo que prevalece es lo que ha sido denominado “equivalentes depresivos” que comprometen al cuerpo del niño (Donzino, 2003). En el caso clínico que presentaré, Diego padece una encopresis secundaria, al modo de lo que Janin (2008) designa como “los que bombardean”. En este punto, la autora dice que registran la necesidad de evacuar y eligen un lugar y un modo de satisfacerla.

Janin (2011) asevera que en algunos niños la encopresis es el equivalente corporal de la repetición de la pérdida, en tanto no hay acceso al trabajo de duelo. En este punto, será interesante exponer a lo largo de estas páginas cómo Diego repite la pérdida por el carácter traumático de la situación.

Diego, a través de la encopresis, queda repitiendo compulsivamente un estado en el que el objeto se va sin que se pueda hacer nada para retenerlo.

Asimismo, el desafío constante hacia su madre es parte del motivo de consulta expuesto que abordaremos detenidamente en el apartado del caso clínico.

En el presente trabajo se trabajará sobre diversos fragmentos del análisis de Diego quien perdió a su padre cuando tenía seis años. La consulta fue realizada en el centro prestador de su Obra Social en el año 2019 e interrumpida por su madre al cabo de unos meses.

A modo de resumen, quien consulta es su madre, Sandra, que refiere como motivo las dificultades en el vínculo madre-hijo, las reacciones agresivas del niño con ella y “que no le hace caso”. En las entrevistas con Diego aparecen como enunciados que él ya superó la muerte del padre, dice no recordar muchas cosas de este, sólo que trabajaba mucho. El niño expresa repetidamente el tema de la competencia en juegos, en notas del colegio, en deportes y con su propia madre.

En la última sesión Diego realiza un juego donde aparece en su asociación verbal el tema de la muerte de su padre. En este punto, se propone a la madre del niño la continuidad del tratamiento de manera particular. Sandra no accede y cuenta por primera vez que su hijo se hace caca en el calzoncillo mientras duerme y lo mancha hace un año.

Se buscará responder a lo largo de las siguientes páginas ¿Cuáles son los avatares en el trabajo de duelo ante la pérdida del padre durante el complejo de Edipo?

2. CASO CLÍNICO

2.1- Presentación del caso. La consulta por Diego

Diego tiene diez años y es hijo único. Su mamá Sandra es quien se presenta en la entrevista de admisión del centro prestador de su Obra Social refiriendo como motivo de consulta dificultades en la relación con su único hijo.

Sandra trae a Diego a cada una de las sesiones y su aspecto es desprolijo, muy poco aseado y parece presentar desde el primer encuentro una falta de cuidado personal importante desde hace tiempo.

En la primera entrevista del tratamiento de su hijo, Sandra cuenta que el papá de Diego falleció cuatro años atrás cuando Diego tenía seis años a raíz de un accidente de moto y que desde ese momento viven los dos solos. Sandra tiene un único hermano con quien actualmente se encuentra peleada y sus padres están fallecidos. La madre de Sandra falleció unos meses después de la muerte de su marido.

Con relación a su hijo, Sandra cuenta que Diego estuvo en tratamiento psicológico desde la muerte del padre hasta el año pasado de manera privada y que dejó la terapia porque la psicóloga le sacaba la plata y Diego ya no quería asistir más. Refiere que viene a probar este espacio a través de la obra social. Define a Diego como un nene súper inteligente al que no le preocupa estudiar para el colegio, que participa en olimpiadas de matemáticas y ajedrez. Acto seguido dice que Diego “tiene cosas adentro” y que el niño no quiere asistir a terapia.

De la familia del padre de Diego cuenta que se encuentra constituida por el abuelo de Diego que se encuentra fallecido, la abuela de Diego que aún vive y por cuatro hijos varones de los cuales su marido era el hermano menor. Uno de estos hermanos, tío de Diego, quien se encuentra viviendo en Bahamas es quien se hace cargo de la manutención de Diego y Sandra desde el fallecimiento de su cónyuge. De su cuñado dice: “él está muy

presente". Detalla que este cuñado estuvo de visita en Argentina un mes antes de la primera consulta e hizo de mediador de los conflictos entre Diego y ella. Relata que con su cuñado discutieron mucho por el modo de crianza de Diego y por la falta de trabajo de Sandra desde hace varios años cuando se disolvió la empresa familiar a causa de la muerte del padre de Diego. Menciona que su cuñado le habría dicho en relación a su situación de desempleo en varias oportunidades "sos una vaga", "no te mereces tener a Diego". Según el relato de Sandra ella trabajó toda la vida con su marido en la empresa familiar y la disolución de dicho emprendimiento le afectó en gran medida ya que nunca más logró reinsertarse laboralmente.

En cuanto al conflicto con su hijo, Sandra dice que la saca cuando no hace caso y que a veces tiene reacciones agresivas. Acto seguido cuenta que estando su marido con vida siempre la dejaban afuera de la relación. De su vínculo de pareja dice que el marido la evitaba en la cama y que después de fallecido encontró entre sus cosas tarjetas de hoteles alojamiento. Con relación a su vida sexual actual, Sandra refiere tener encuentros ocasionales con hombres "sólo por sexo" y expresa que nunca más tuvo un vínculo de pareja desde que enviudó.

Aparece como un miedo de Sandra que la familia del papá de Diego le quite la tenencia del menor por no ser buena madre. Termina la entrevista contando que se encuentra en tratamiento psiquiátrico y psicológico en la actualidad, que se siente muy sola y que toda la crianza de Diego recae sobre ella.

En la primera entrevista con Diego el niño asiste con su madre y pasa solo al consultorio. Lo primero que cuenta es que estuvo en tratamiento por la muerte del padre durante varios años y que él le dijo a la psicóloga "ya está, ya lo superé". Continúa diciendo: "era darle plata para jugar". De la relación con su madre dice que es difícil porque los dos son peleadores. Es en este punto donde él dice: "somos iguales". Lo que más le molesta a Diego es cuando la madre lo contradice o se va de tema. De sus actividades cuenta que va a un colegio de la colectividad judía desde preescolar que se encuentra lejos de su casa nueve horas por día y que entrena fútbol todas

las semanas en un club de su barrio. Dice no recordar muchas cosas de su padre, solo que trabajaba mucho y que tenía su propio negocio. De la charla hace un mes con su tío de Bahamas dice que le sirvió porque él les aconsejó que no se marquen los errores cosa que a él le cuesta y termina diciendo “soy muy corrector de los demás”.

En las siguientes entrevistas aparece mucho el tema de la competencia. Diego siempre relata su promedio de memoria y las notas de cada asignatura. Cuenta sus logros repetidamente, por ejemplo: “me gané un punto en inglés”, “ya vuelvo solo del colegio en colectivo”, “me tiré de un trampolín muy alto”, buscando mi aprobación y mi mirada. También habla mucho de los juegos en línea en los que participa y remarca lo siguiente: “tengo 5.000 copas”, “gané 1.400 partidos”. De la madre dice “no sabe nadar”, “no sabe flotar” y remarca los logros propios en natación.

A lo largo del tratamiento cuenta que la mamá tuvo suerte de encontrar un trabajo nuevo. Esto alivia a Diego y lo hace sentir más tranquilo. De la madre comenta que siempre está nerviosa, que él trata de ayudarla, que sigue viajando solo al colegio porque todas las mañanas cuando iba con su mamá peleaban por quién tenía la culpa de haber llegado tarde a la escuela y que ahora yendo él solo en colectivo esto ya no sucede.

Una de las entrevistas se realizó de modo vincular con Diego y Sandra y las quejas ante el niño por parte de su madre estaban relacionadas a las pocas horas de sueño del menor debido a los juegos en línea a los cuales accede desde la computadora del hogar. Se interviene proponiendo otorgar un tiempo a dichos juegos dentro de la rutina que no impida la actividad de sueño y Sandra pregunta: “¿tiene que ser así?”. A lo que su hijo responde: “si querés que me duerma corta el Wifi de noche”, lo que dice de modo burlón sabiendo de la dificultad de la madre para efectuar dicha acción. Asimismo, durante la consulta con Sandra y Diego, el niño dice que lo único que espera es tener 18 años para irse de su casa y empieza a realizar sonidos imitando el golpe en la puerta del consultorio del próximo paciente para finalizar el encuentro. Sandra, sorprendida ante lo que Diego realizó,

refiere que “siempre cae” ante los chistes o las burlas de su hijo para con ella.

En las últimas consultas Diego comienza a jugar. Propone por primera vez jugar al Tutti Frutti, respeta la consigna, juega y se lleva el papel con sus respuestas de la consulta para emprolijar. A la siguiente sesión, propone hacer un sapito en papel para jugar. Realiza el mismo con papel, tijera y birome, anotando colores y números y solicitando a la analista que incluya “prendas”. En el juego dentro de las prendas anotadas por la analista le toca a Diego decir cuál fue su recuerdo más triste. El niño responde: “Fue una vez que me lastimé la rodilla el año pasado”. Se queda pensando y dice: “En realidad fue cuando murió mi papá, pero ya lo superé”. Esa sesión se lleva el sapito con la prenda anotada por la analista y el juego queda abierto para ser retomado en otro encuentro.

2.2- Algunas observaciones sobre cómo transcurren las entrevistas con Sandra y puntualizaciones sobre el vínculo madre- hijo

Sandra realiza la consulta refiriendo dificultades en la relación con su único hijo. A lo largo del tratamiento esto va quedando en evidencia tanto por lo expresado por la madre como por el niño. Si bien se ve en Sandra una predisposición a que esto cambie, dado que llega por motus proprio a la consulta, se ve una imposibilidad en el sostén, trato, identificación con ese niño. Se observan en el discurso varios desencuentros entre los ritmos pulsionales de cada uno. No solo eso, sino que en Sandra aparece que tampoco puede ocuparse de ella misma. Esto se demuestra en su desprolijidad en cuanto a su aspecto y en la falta de aseo personal. Podemos inferir que Sandra se rige con un tipo de funcionamiento pre psíquico, característico del Yo Real Primitivo, en el que se ve invadida por la cantidad sin poder cualificar su presente, su cotidianidad (Neves, 1994). Mediante el mecanismo de la fuga, logra aliviar la tensión de los estímulos externos a través de quejas, peleas con su hijo, hermano, cuñado, con la medicación, con las relaciones esporádicas con diferentes hombres, etc. De los estímulos del interior busca que a través de mi intervención codifique sus

necesidades mediante acciones específicas y pueda devolvérselas para poder aliviarse, por ejemplo, ante la intervención de disponer horarios para los juegos en línea, Sandra hace la pregunta: “¿tiene que ser así?”.

Diego se encuentra atrapado en la voluptuosidad de la madre, que funciona como pura cantidad y se desborda por la cotidianeidad. Se descarga con la medicación, con su psicóloga, con Diego, con sus relaciones esporádicas.

La intención de Diego de salir al mundo es el modo que encuentra para defenderse y para acotar el exceso de la madre que se encuentra desbordada (en palabras de Diego que siempre se encuentra nerviosa) y no logra operar como adulta, en algunos momentos generando un borramiento de la diferencia generacional con su hijo. Esto último se observa en la infinidad de escenas en las cuales aparecen discutiendo y marcándose los errores desde un lugar similar al de un hermano con el cual uno compete y busca superar desestimando la dependencia y el lugar de madre- hijo que ocupa cada uno en el vínculo.

Con relación al vínculo con su madre, el niño busca ser en todo activo y Sandra toma un rol pasivo en muchas situaciones cotidianas donde se observa la dificultad para acompañar a su hijo y sostener la crianza. Se escucha en el relato una serie de enojos muy grandes y de “reacciones agresivas”, “burlas”, “corrección de errores”, etc. que forman parte del modo de vincularse entre ambos. Este intento de Diego por ser activo en la actualidad (competitivo, ganador, inteligente, independiente) se relaciona teóricamente con el dominio del trauma sufrido a una edad temprana donde aún se encontraba en posición pasiva.

3. EL COMPLEJO DE EDIPO

Hablar de complejo de Edipo es hacer referencia a un estadio en la organización psíquica del sujeto, planteado inicialmente por el discurso freudiano y que se reconoce como uno de los constructos teóricos más representativos del psicoanálisis a lo largo de su historia. En términos generales, es un conglomerado de experiencias que compromete una multiplicidad de dimensiones psíquicas y, de acuerdo con Freud, responsable de los logros más representativos en la infancia temprana.

El complejo edípico destaca especialmente dentro de la teoría psicoanalítica debido a su importancia para la estructuración psíquica del sujeto. De él hacen parte logros tan trascendentales como la elección de objeto sexual, las primeras configuraciones de la identidad (incluyendo la identidad de género) y la estructuración superyoica.

3.1- El complejo de Edipo según Freud

Es importante mencionar que el complejo edípico planteado por Freud y su teoría va consolidándose de manera progresiva con el paso de los años, al tiempo que se nutre, complementa y corrige en cada texto. También es significativo el hecho de que Freud no presenta un escrito dedicado por completo al complejo de Edipo en los momentos más maduros de su teorización. Gracias a ello nos topamos con un cúmulo, no menor, de escritos que abordan la cuestión edípica de manera parcial o tácita. A los fines de este trabajo, haremos un resumen de los principales aportes del autor poniendo especial énfasis en la cuestión del padre en relación con el Complejo de Edipo.

Desde que Freud abrió el campo del psicoanálisis, el complejo de Edipo es considerado central durante la primera infancia, entre los tres y los seis años. Su importancia es decisiva para el ser humano, en cuanto a la organización de la personalidad. En la medida en que se sabe niña o niño, las personas de valor de su propio sexo son para él modelos privilegiados.

En el *Manuscrito N*, texto del 31 de mayo de 1897, Freud menciona por primera vez la idea que enlaza el mito griego en articulación con la

experiencia clínica. Partiendo de la observación, muestra un deseo de muerte contra el padre por parte de los varones y contra la madre por parte de las mujeres. Remarca la rivalidad puesta en juego, a partir de la que posteriormente irá construyendo como la conceptualización del complejo de Edipo.

En 1905 en *Tres ensayos para una teoría sexual*, Freud otorga un dato de relevancia para el entendimiento del complejo de Edipo, debido al simple hecho de dar legitimidad al origen temprano de la actividad sexual en la vida psíquica de todo sujeto. Parece bastante improcedente tratar de entender los impulsos incestuosos hacia alguna de las figuras parentales sin un previo reconocimiento del componente sexual inmanente al psiquismo humano. Entonces, los impulsos incestuosos y la eclosión del placer genital que caracterizan la trama edípica son entendidos, en esencia, como una manifestación particular de una función sexual ya existente, respecto a la cual Freud nos alecciona bastante en este escrito. Freud describe aquí la naturaleza de la sexualidad preedípica y de la sexualidad edípica, dejando claro que en esta última se emplazan las bases de la sexualidad adulta.

Más adelante, en el texto *Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre* (1910), Freud le da un estatuto importante al Edipo en relación a las neurosis, dejando claro que no es un complejo más, sino que es el más relevante. Define al Edipo como “complejo nuclear de toda neurosis” (p. 164) que será reprimido a partir de una primera limitación, una primera ley, que es esa “barrera del incesto”, planteada como prohibición.

En 1923, Freud escribe *El Yo y el Ello*, donde el aporte al esclarecimiento de la cuestión edípica aparece como parte de las nuevas aserciones en torno a la formación del superyó, uno de los ejes del modelo psíquico freudiano. Antes que nada, debe recordarse que aquí se reafirma y argumenta la premisa básica, tan reiterada en textos anteriores, de que el superyó es el resultado (y por cierto uno de los más significativos) del complejo edípico, incluso se califica al superyó como su heredero.

En 1924, Freud escribe *El sepultamiento del complejo de Edipo*. En ese texto, trabaja respecto de las diferencias del desarrollo de la sexualidad

entre niños y niñas. La clave de lo dicho allí por Freud se sitúa en distinguir la represión de un mecanismo que describe como “mucho más que una represión del complejo”. Se trataría entonces, de la “destrucción y cancelación del complejo”, de no ser así, la persistencia en el inconsciente de las tendencias libidinosas incestuosas, se exteriorizarán al modo de lo patológico. El complejo de Edipo debe ser cancelado, sepultado, lo que implica que el sujeto deberá abandonar, ceder las mociones que tienden a la elección de objeto incestuosa.

Una vez realizada la lectura cronológica del complejo edípico en la obra freudiana, mostrando sus orígenes y evolución, se hace menester el paso a un nivel de entendimiento mayor. El rastreo histórico y analítico realizado por Freud a través del lenguaje de sus pacientes neuróticos le permite llegar hasta un momento de la infancia temprana de particular valor para la estructuración psíquica del sujeto. Es un complejo particularizado por el enrutamiento de las pulsiones en la vía del incesto y el parricidio, es decir, un deseo de poseer sexualmente al padre del sexo opuesto y ser nombrado de manera preferente por éste, sumado a un deseo de derrotar y desplazar al padre del mismo sexo por considerarlo como un rival que obstaculiza la satisfacción pulsional. De igual modo, encontramos, con referencia a tal complejo y a la relación con estas dos figuras, procesos tan vitales como la identificación y mecanismos defensivos (especialmente de represión).

Estos procesos que ocurren en la infancia temprana corresponden al complejo de Edipo, término empleado por Freud para denominar un momento en la organización psíquica de todo sujeto donde acaecen procesos de una trascendencia tal, que determinarán las directrices de la organización psíquica durante la vida adulta. Freud decide otorgar su nombre a este complejo debido a las similitudes que encuentra, en su naturaleza, con la tragedia griega de Sófocles *Edipo rey*.

En cuanto a la trama edípica, se hace menester identificar a los personajes que se encuentran dentro de este complejo. Encontramos entonces un triángulo conformado por: el hijo, la madre y el padre, cada uno con un lugar y unas funciones específicas. El primero de éstos es el gran protagonista de

la trama, pues prácticamente todos los hechos que aquí ocurren se encuentran en su fantasía inconsciente, es decir, que no se trata de un acaecer objetivo y plenamente observable, sino más bien, de una serie de representaciones al interior de la organización psíquica del sujeto.

Si bien hablar acerca del complejo de Edipo vuelve una necesidad mencionar a sus tres personajes, lo cierto es que hay un desarrollo pre edípico donde se muestra la manera en que cada uno de ellos hace su aparición en la trama. Así se develan antecedentes importantes para comprender la naturaleza de los conflictos edípicos.

Debido a la inmadurez psíquica del infante humano en un momento tan arcaico de su evolución, no sería viable hablar de una situación edípica propia, constituida por el hijo, la madre y el padre; antes de esto, existiría una relación dual conformada sólo por dos de ellos. De manera precedente a cualquier clase de relación interpersonal del sujeto con otro, se encuentra el vínculo primordial con la madre, apuntalado inicialmente en la satisfacción de necesidades fisiológicas.

Encontramos dos condiciones psíquicas importantes en estos momentos del desarrollo previo al complejo de Edipo. La primera de ellas se refiere al plano vincular del sujeto, donde sostiene una relación de exclusividad y fusión con su objeto materno; y por otro lado, encontramos en el plano pulsional una sexualidad polimorfa y autoerótica, es decir, dispersa en distintas regiones del cuerpo (boca, ano, genital) y orientada hacia la auto gratificación, lo que implica encontrar en sí mismo la mayor fuente de placer sexual, dándole a al propio cuerpo un trato eróticamente similar al que correspondería para un objeto sexual externo.

Con el arribo al complejo de Edipo el panorama respecto a estos tópicos se torna bastante diferente. En el plano sexual y pulsional, se describe el paso del autoerotismo y la multiplicidad de zonas erógenas a la genitalidad, es decir, que toda la energía pulsional, anteriormente dispersa en varias partes del cuerpo, se focaliza ahora en una zona erógena prevalente (genital), dando lugar a un nuevo y más intenso tipo de placer sexual. En el plano

vincular, empieza el reconocimiento de un tercer personaje, el padre; una figura activa que interviene en la relación primordial madre-hijo.

El sujeto y la madre deberán empezar a reconocer un tercero. El niño percibe una figura adicional que irrumpe en su relación con la madre, a quien ella debe erogar parte de la atención, el afecto y los cuidados que anteriormente sólo eran para él. Por tal motivo, el infante despliega hacia esta nueva figura una relación agresiva mediada por sentimientos de ira, humillación, impotencia, frustración y envidia, entre otros.

La erotización de la madre es tan intensa y completa para el sujeto, tanto hombre como mujer, que cualquiera que se oponga entre ellos dos es representado como una gran amenaza y como un rival. Empieza así para el sujeto una disputa con el padre por la consecución de un lugar de privilegio frente a la madre, donde se busca tanto poseerla para la satisfacción sexual, como ser nombrado por ésta de una manera preferencial y ser premiado con un amor exclusivo.

Hablar del padre es aludir al responsable de poner límites al deseo de la madre y del hijo. Según Freud, existe una tendencia natural e inagotable del sujeto hacia la obtención de satisfacción sexual, es decir, de recibir todo aquello que genere alguna suerte de placer; es entonces mucho más vívida esta disposición en el infante del periodo pre edípico, pues existe un objeto que le patrocina una gratificación inmediata, sin anteponer ninguna clase de condición.

3.2- El complejo de Edipo según Françoise Dolto

Es muy importante para la superación del Complejo de Edipo según Dolto (1985) la situación triangular padre-madre-hijo y el peligro de romper ese triángulo es retrasar la evolución inconsciente del niño hacia una estructuración libidinal sexuada, pues dicha estructuración sólo puede efectuarse favorablemente en la conjunción familiar triangular.

Sobre la fase del Complejo de Edipo, Dolto (1985) dice que muchos niños sanos no salen de la crisis debido a que los padres fallan al no significarles la prohibición del deseo incestuoso.

Dolto (1985) va a decir que el período edipiano, en el momento de su resolución, siempre es un período crítico (p. 198). El niño ha de vivir un duelo durante esta etapa: el de su identificación con la madre, quien no posee pene (p. 204). En ese período, según la autora el niño se vuelve opositor a las órdenes de la madre (p. 209). Cuando esta fase se prolonga se debe a una carencia en la función paterna (p. 210).

En aquel período de estructuración edipiana, que es el de las fantasías incestuosas, el niño de ambos sexos experimenta contrariedades. Hay en su comportamiento una alternancia de actitudes seductoras con respecto al padre del otro sexo y de sumisión, de obediencia prudente, al padre del mismo sexo- de quien espera que le transmita su saber, y cuya protección solicita todavía. (...) las disputas suceden a las reconciliaciones y la competencia siempre está presente (Dolto, 1985, pp. 212 y 213).

En este punto interesa preguntar, ¿qué expresa la autora con relación a la resolución del complejo de Edipo?

Dice Dolto (1985) que en la crisis edipiana ha de resolverse el duelo definitivo y radical de todas las fantasías y de todos los ensueños en torno a las trampas posibles con la prohibición del incesto. Aceptar esa ley que rige la sociedad de los humanos- de la realización del deseo incestuoso- no es nada fácil (p. 216).

La autora también habla del dinero en su impacto edipiano, libido anal, el sentido de la competencia, el pertenecer a una clase social. Hace alusión al dinero y a la ruina o quiebra del padre, en un sentido de la pérdida del poder económico durante el Edipo. Dice lo siguiente:

El dinero es una potencia cuyo origen inconsciente radica en la libido anal. Como objeto parcial erótico narcisizante para el niño, los excrementos están desprovistos de toda característica genital. Sin embargo, debido a la proximidad de la región genital están catectizados de manera particular. Hacia los seis o siete años, en el período precrítico del Edipo, ya adquirido el sentido de la competencia, el dinero se vuelve objeto de prestigio, de un prestigio vinculado a un exhibicionismo. En el momento de la crisis edipiana el valor genital del padre

castrador es deformado por aquel otro valor, anal, que es el poder del dinero (Dolto, 1985, pp. 222 y 223).

La ruina o la quiebra del padre es sentida como una deshonra social cuando sobreviene en el momento de la crisis edipiana; es un derrumbamiento del poder simbólico del padre castrador que puede también, sin otro sostén de la familia ampliada, provocar las más graves perturbaciones somáticas o mentales en el niño (Dolto, 1985).

Dolto (1985) continúa teorizando y dice:

Desempleo, enfermedad o accidente grave desvalorizan al padre en la imaginación del niño, ese padre garante de la ley en el momento de la castración genital. La imagen del padre ya no puede entonces sostener el deseo de prestigio, que compensaría para el hijo la prueba edipiana (...) En los casos de desempleo, enfermedad o accidente grave, el padre pierde posición fálica que sería esencial para la entrada del niño en el orden simbólico, ya que el orden simbólico se constituye en torno al valor paterno (pp. 225 y 226).

La autora expresa en su teoría que el niño que ha resuelto bien el Complejo de Edipo carece de angustia, ya no tiene prisa por volverse grande, sus preocupaciones están centradas en la vida social presente, en sus contactos con los niños de su edad (Dolto, 1985).

Por último, la autora plantea que el final de la crisis edipiana es la renovación de la castración de las pulsiones de las fases pregenitales como fuera de la ley y de las pulsiones genitales en lo que tienen de incestuosas (Dolto, 1985).

3.3- Algunas reflexiones sobre el material clínico de Diego en relación al complejo de Edipo

Lo primero que cuenta Diego en análisis es que estuvo en tratamiento por la muerte del padre durante varios años y que él le dijo a la psicóloga “ya está, ya lo superé”. Continúa diciendo: “era darle plata para jugar”. Estos temas de superar o estar superado, de competencia, de dinero, de ganar, son recurrentes durante el tiempo de análisis y son temáticas asociadas al momento de estructuración edípica. La pregunta que surge sería la

siguiente: ¿A qué o a quién ya ha superado Diego? ¿Ha superado el Complejo de Edipo?

Podemos pensar que en momento en que Diego perdió a su padre, con seis años, se encontraba atravesando el Complejo de Edipo. Y podemos hipotetizar, siguiendo la teoría psicoanalítica, que se encontraba movido por el deseo de crecer a imagen de la persona que, a sus ojos, posee valor de modelo, con quien se identifica y en cuya compañía se siente feliz. Esto último lo agrego a lo que Dolto (1985) dice: “en la medida en que se sabe niña o niño, las personas de valor de su propio sexo son para él, modelos privilegiados” (p.185). Por lo que la conclusión es que el padre sin dudas era un modelo para Diego.

Otra reflexión para realizar se encuentra relacionada con Sandra y su posicionamiento como madre. Se podría pensar que ante la angustia propia y la de su hijo por la muerte del padre, queda entorpecida en su posibilidad de significar la prohibición del deseo incestuoso, ubicándose por momentos como un par de Diego, de este modo borrando la diferencia generacional.

Teniendo en cuenta que Sandra se encuentra aislada de su propia familia, con su madre fallecida pocos meses después de su viudez y las dificultades en la relación con su único hermano, cabe traer a colación lo que plantea Dolto (1985) de la rivalidad frente a otras mujeres y otros hombres en relación con el vínculo que establece con su único hijo. Como la madre carece de hombre, genera con su único hijo un vínculo posesivo y exclusivo. Por tanto, la situación triangular padre-madre-hijo a la que hacía mención Dolto (1985) no estaría favorecida y el peligro de romper ese triángulo durante el Edipo es retrasar la evolución inconsciente del niño hacia una estructuración libidinal sexuada.

En este punto y ante el vínculo entre Sandra y Diego, es menester remarcar la importancia de poder nombrar al padre durante el análisis, intentar que el niño establezca recuerdos de él, y poder contribuir como analista a pensar el papel inicial paterno se considera trascendental.

Cabe destacar que, de acuerdo con los dichos de Sandra, Diego durante el tiempo que su padre estuvo vivo, logró una identificación con él, pudo establecer un vínculo en el que, según los dichos de Sandra, “ella siempre quedaba afuera”.

La gran oposición que presenta actualmente Diego hacia su madre y que es lo referido por ella como motivo de consulta hace pensar en un proceso edípico en el cual podría haber quedado fijado debido al trauma acontecido. Esto último se relaciona con lo que Dolto (1985) teoriza, a saber: “*en el momento en que el niño adquiere a través de su padre la noción del valor de su deseo de varón, apoyado por su conformación sexual, se vuelve a menudo opositor con respecto a su madre*”. (p. 209).

En cuanto a la superación del Complejo de Edipo, no ha de ser fácil en la situación de Diego. El deseo genital de éste es avivado por la obligación, en la que se siente atrapado, de reconfortar a su madre abandonada y rechazada por el padre. Esta es para él una situación conflictiva que le impedirá resolver por completo el Edipo. Todos los avatares acontecidos en la familia de Diego durante su Edipo, el accidente de su padre y su posterior muerte, el desempleo de su madre dificulta para el niño este período y su resolución.

Por ende, una pregunta importante para hacer, reflexionando sobre el Complejo de Edipo es si Diego ha podido resolver el Complejo de Edipo o no.

En ese punto podemos pensar que la superación, la competencia, la rivalidad (que son todos temas de la etapa edípica) se encuentran muy presentes en el discurso de Diego durante el análisis lo cual podría dar el indicio de que el niño aún no habría podido elaborar dicho complejo. Dolto (1985) refiere que “*durante el Edipo el niño experimenta contrariedades, disputas que suceden a las reconciliaciones y el tema de la competencia siempre está presente*” (pp. 212 y 213).

Asimismo, Diego quien en su entrevista vincular menciona el deseo de ser mayor de edad e irse de su casa, no estaría posicionado en su vida social

presente lo cual también da cuenta de no haber resuelto bien dicho complejo.

Por otra parte, desde la teoría de Freud, en el momento del Edipo hay un deseo inconsciente de muerte contra el padre por parte de los varones el cual en el caso de Diego se cumple. Y esto no es fácil, el derrotar y desplazar al padre por considerarlo rival en la realidad implica perder el sostén y el cuidado del cual el niño depende.

El tema del dinero y de las heces son temáticas pre edípicas que aparecen durante el análisis de Diego. En este punto, es interesante mencionar el síntoma de encopresis secundaria del niño, donde también se asocia la libido anal y la relación inconsciente con el dinero. Podemos pensar que durante el Complejo de Edipo y en el momento de su resolución, las pérdidas en la vida de Diego se acumulan, son la del padre real y también la del poder simbólico del padre que proveía a la casa lo que lo desvaloriza en su imaginación, perdiendo según Dolto (1985) la posición fálica que sería esencial para la entrada del niño en el orden simbólico que se constituye en torno al valor paterno. Por lo tanto, del análisis del material clínico se puede concluir que la resolución del complejo de Edipo ha sido dificultada por el entorno del niño, por la pérdida acontecida y como consecuencia aparecen durante el análisis cuestiones previas a resolver que comprometen su conducta (desafío a la madre), su discurso (competencia/superación) y su cuerpo (encopresis).

4. EL TRABAJO DE DUELO

4.1- El trabajo de duelo según Freud

El trabajo de duelo implica para Freud en sus comienzos el reconocimiento de la inexistencia en la realidad del objeto y, en su término o finalización, el duelo completaría este reconocimiento de la inexistencia y pérdida del objeto para poder dar lugar al objeto remplazante o sustituto “El duelo es un proceso y mecanismo “normal” y la ausencia de duelo locura”. (Bruner, 2008, p. 109).

La muerte no tiene en los niños pequeños la misma significación que para los adultos. En términos de Freud:

Nada saben de los horrores de la putrefacción de la carne, del muerto que se hiela en la tumba fría, del espanto de la noche infinita que tanto desasosiegan al adulto. Estar muerto es para el niño pequeño “estar lejos”; solo con posterioridad quedará referido a “no volver más” (vol. IV, S. Freud, p. 258)

En el texto *Duelo y Melancolía*, Freud (1917) hecha luz sobre la naturaleza de la melancolía comparándola con un afecto normal: el duelo.

Define al duelo como “la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc”. (Freud, 1917, p. 241).

Freud (1917) refiere:

La melancolía se singulariza en lo anímico por una desazón profundamente dolida, una cancelación del interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de amar, la inhibición de toda productividad y una rebaja en el sentimiento de sí (...) El duelo tiene los mismos rasgos, sólo falta en él la perturbación del sentimiento de sí (p.242).

¿En qué consiste el trabajo que el duelo opera según Freud? En 1917 escribe que no es fácil realizarlo ya que suele generarse una oposición dado que no es sencillo abandonar una posición libidinal. Esto sucede más allá del

examen de realidad, el cual muestra que el objeto amado ya no existe más y exhorta a quitar toda libido de sus enlaces con el mismo.

Freud (1917) va a explicar que este acatamiento a la realidad no puede efectuarse rápidamente. Se realiza de a poco, con un gran gasto de tiempo y de energía de investidura y mientras tanto la existencia del objeto perdido continúa en lo psíquico. Considera que una vez que se cumple el trabajo de duelo el yo se vuelve otra vez libre y desinhibido.

En cuanto a la melancolía, Freud (1917) plantea:

En la melancolía sucede que se sabe a quién perdió, pero no lo que perdió en él. La pérdida del objeto es sustraída de la conciencia, a diferencia del duelo, en el cual no hay nada inconsciente en lo que atañe a la pérdida (p. 243).

Freud (1917) diferencia el duelo de la melancolía. En el duelo es el mundo el que se ha vuelto pobre y vacío. En cambio, en la melancolía esta pobreza y falta de valor le sobreviene al yo.

En la melancolía según Freud (1917) hay una identificación del yo con el objeto resignado: “la sombra del objeto cayó sobre el yo” (p. 246). De esa manera, según Freud (1917), “la pérdida del objeto hubo de mudarse en una pérdida del yo” (p. 247).

Otro rasgo de la melancolía según Freud (1917), es la regresión desde un tipo de elección de objeto al narcisismo originario. En la melancolía la pérdida del objeto de amor hace que salga a la luz la ambivalencia de los vínculos de amor.

La melancolía y su análisis nos permite pensar que, en virtud del retroceso de la investidura debido a la regresión mencionada en el párrafo anterior, el yo puede tratarse a sí mismo como objeto y puede dirigir contra sí mismo hostilidad que debiera ser dirigida hacia un otro y en algunos casos llegar a darse muerte (Freud, 1917).

Freud (1917) considera que el complejo melancólico se comporta como una herida abierta, atrae hacia sí desde todas partes energías de investidura y vacía al yo hasta el empobrecimiento total.

Para terminar, es importante consignar esta diferencia referida por Freud (1917): “la melancolía contiene algo más que el duelo normal. La relación con el objeto no es en ella simple; la complica el conflicto de ambivalencia” (p. 253).

4.2- Especificidades del trabajo de duelo en la infancia. Aportes teóricos actuales

Para iniciar el recorrido del tema del trabajo de duelo en la infancia, tomaremos aportes realizados por Beatriz Janin (2018) en el texto “Los duelos y sus avatares en la infancia”.

El tema del duelo en la infancia es un tema complejo por todos los elementos que están en juego.

Janin (2018) expresa:

Los niños pueden realizar duelos por cuestiones que los adultos podemos considerar nimias (como un juguete) o que generalmente viven las mudanzas como una pérdida importante, en tanto se quedan sin el entorno conocido, pero cuando se trata de la pérdida de un ser querido, es fundamental tener en cuenta que el niño se encuentra en un entorno que está a su vez procesando el duelo (p. 38).

Janin (2018) considera que para pensar los duelos en la infancia hay dos elementos para tener en cuenta: 1) el grado de estructuración psíquica del niño y 2) el funcionamiento del entorno familiar. La autora diferencia la pérdida de un ser amado cuando se ha tramitado la diferencia yo-no yo. En este punto señala:

Es muy diferente la pérdida de un ser amado cuando se ha tramitado la diferencia yo- no yo a las situaciones en las que esto no ha sido posible, cuando el niño depende totalmente de la mirada del otro y de pronto pierde al ser amado. En este último caso lo que se pierde es una parte de sí mismo y se produce una fractura interna. Es él mismo el que se rompe o, más aún, no llega a armar el aparato psíquico con instancias diferenciadas (Janin, 2018, p. 39).

Janin (2018) considera que cuando el niño comienza a diferenciarse, a esbozar simbolizaciones, cuando empieza a sostener la representación del objeto en ausencia, cuando puede armar el juego de presencia-ausencia, la

cuestión es diferente. El niño ya tiene la posibilidad de domeñar la realidad vivida en un intento de no seguir perdiendo sin control.

Con el logro de la simbolización el niño tiene más posibilidades de tramitar la pérdida, aunque sea todavía muy dependiente de la mirada y la palabra de los otros. Si bien con la pérdida del objeto amado se le quiebra el mundo y la confianza en su estabilidad, no es él quien se quiebra. La autora considera que cuando un niño puede utilizar el lenguaje verbal y el juego posee más elementos para elaborar el duelo e ir desinvistiendo los recuerdos (Janin, 2018).

En ese punto, la autora escribe:

El examen de realidad que debe realizar todo sujeto como parte de la tramitación del duelo en los niños lleva mucho más tiempo. Habitualmente, pueden pasar meses hasta que va, de a poco, corroborando que el que se murió no va a regresar. (Janin, 2018, p. 41).

En la infancia, hay una particular representación de la muerte. Puede ser equiparada a quietud (y se puede esperar que vuelva a moverse), o a irse lejos (pero entonces puede volver), o a dormirse (y podría despertar). Esto incide en que el niño tarde mucho tiempo en reconocer que aquel que murió no está más (Janin, 2018).

En cuanto a los momentos del duelo, Janin (2018) plantea que un primer momento es el reconocimiento de la pérdida y un segundo momento es ir desinvistiendo paso a paso el objeto perdido. Y lo último, que ella menciona como tercer momento, es “la victoria del narcisismo, el deseo de vivir a pesar de la pérdida” (p. 42).

El otro elemento importante en el duelo en la infancia es el funcionamiento del entorno familiar. Es fundamental según Janin (2018) el sostén narcisista del contexto para que el niño no tenga que forzar un posicionamiento extremadamente autosuficiente, apelando a la omnipotencia infantil.

La autora refiere:

A veces el niño supone que podrá revivir a aquél que se murió, pero también puede sentir que es el culpable de esa muerte. Y cuando comienza a registrar que el otro efectivamente no está y que eso no depende de él, esto supone un golpe muy fuerte a su narcisismo y a sus fantasías de omnipotencia. Será el entorno el que lo ayude a elaborar esas heridas si acompaña al niño en esos avatares. (Janin, 2018, p. 42).

Si el contexto está convulsionado con la muerte de un ser querido el niño buscará sostener su vida habitual, no mostrar dolor y cuidar a los que lo rodean, que son los que manifiestan su tristeza. Otra tendencia que puede aparecer es la disociación para no quedar sumergido en una situación dolorosa sin que nadie lo pueda contener. También puede sentir que los otros temen sus preguntas y necesitan que él los distraiga de su dolor y puede transformarse en una especie de payaso, o en un “niño molesto” (Janin, 2018).

La autora escribe que muchas veces, el niño sufre ante todo la pérdida del progenitor que quedó vivo (en tanto está en proceso de duelo). Es decir, es el dolor por otro presente pero ensimismado, o sea “muerto en vida” (Janin, 2018). En este punto, se puede pensar en el desafío constante de Diego a su madre Sandra. Una madre en duelo, que por momentos no logra conectar con su hijo.

Janin (2018) señala lo siguiente:

En tanto lo que un niño no puede tolerar es la desatención del adulto investido libidinalmente, muchas veces lo que hacen es llamar su atención, forzarlos a conectarse con ellos a través de movimientos y gritos. De ese modo, cuando la madre o el padre se enojan y gritan, él recupera una madre viva, atenta a él o a un padre atento, furioso pero conectado con su hijo. (p. 43).

También puede ocurrir que manifiesten trasgresión a todas las reglas, conductas desafiantes, como para sacudir a otro que está distante o dormido, desvitalizado. Esto suele llevar a que los adultos se violenten, pero eso puede ser tranquilizador para un niño que prefiere padres violentos a desvitalizados (Janin, 2018).

En cuanto a las manifestaciones posibles de un duelo, la autora enumera las siguientes: distracción, hiperactividad y desafío, así como también manifestaciones psicósomáticas y la encopresis (Janin 2018). Estas expresiones o consecuencias del duelo son observables que aparecen en el material clínico y serán ampliados en el apartado 4.4.

Janin (2018) va a manifestar que para un niño la pérdida de un ser querido es vivido como la repetición de una catástrofe: “siente que lo dejan caer, que aquellos que lo sostenían ya no lo hacen, que queda desprotegido en tanto las figuras protectoras dejan de serlo en tanto caen ellas en un estado de desvalimiento.” (p. 44).

Son los adultos a cargo de un niño –que aparentemente no sufre trastornos– los que consultan preocupados por los efectos que esa muerte puede llegar a tener en su vida, o preguntando cómo organizar la vida del niño o con quién debería este vivir. En el caso de Sandra se presenta diciendo: “Diego tiene cosas adentro desde la muerte del padre”.

Casanova (2014) en el texto “Algunas consideraciones sobre los duelos en la infancia” dice que la angustia de los adultos está referida a la ligazón que perciben entre las perturbaciones del niño y la experiencia padecida.

Casanova (2014) describe:

Es la clínica, las entrevistas con los familiares, o con el niño, o el proceso de análisis de éste, lo que va a decidir quién es el sujeto o los sujetos que experimentan una pérdida que no se puede elaborar y cuál es la relación existente entre la pérdida sufrida y las reacciones, trastornos o síntomas que padece el niño. (p. 577).

En cuanto a la posición del analista ante la muerte, el autor va a teorizar que ésta tiene que ver con la elaboración que tiene su fuente en la clínica, pero también en las lecturas de los trabajos realizados sobre esta cuestión (Casanova, 2014).

Es muy interesante cuando el autor puntualiza las posibles formas de aparición del duelo en la infancia. La cita a continuación aporta información:

En cuanto al duelo en la infancia, la preocupación cada vez más marcada por asir los modos de escritura del afecto en el niño permitió reconocer, ampliar y poner otros nombres a los efectos producidos. No sólo señalar frente a una pérdida irreversible que el niño experimenta confusión de afectos o afectos similares a los del duelo patológico del adulto, sino también poder pensar en sus posibles formas de aparición: como traza en el cuerpo, como malestar, como vacío, como tristeza innombrable, como equivalente depresivo o como dolor, tristeza o culpa decible. (Casanova, 2014, p. 578).

Ya desde Freud se advirtió una reacción diferente en el niño con respecto al adulto, al enfrentarse con la muerte. Freud en su teoría subrayó los aspectos de renegación y escisión observados. Recordemos la nota agregada en 1909, en *La interpretación de los sueños*; allí se refiere a cómo los niños parecen olvidar primero a la madre muerta, y sólo con posterioridad acordarse de ella. También en su estudio sobre Fetichismo, menciona a dos pacientes jóvenes que “no se habían dado por enterados” de la muerte de sus padres, ocurrida cuando eran niños. Señala que, en estos casos, el Yo había desmentido un fragmento de realidad, pudiéndose percibir en ellos dos actitudes diferentes: una acorde con el deseo, y otra, con la realidad. Incluso señala que, en uno de los dos pacientes, la escisión había pasado a ser la base de una neurosis (Casanova, 2014).

Casanova (2014) expresa que la teoría del duelo exige ponderar adecuadamente cuándo el mecanismo de renegación le permite al niño en duelo una moratoria favorecedora y cuándo, por su intensidad, persistencia y exclusividad, se constituye en indicador de patología.

En este punto, el autor coincide con Janin (2018) y teoriza que el duelo en el niño y sus vicisitudes guardan relación con los elementos, procesos constitutivos y momentos fundantes del psiquismo. (Casanova, 2014).

Otro tema que se repite en los aportes actuales es la importancia del entorno, del contexto, de quiénes acompañan al niño en el trabajo de duelo.

Casanova (2014) al respecto aporta:

Una pregunta importante es en qué consiste darle, en circunstancias de duelo, sostén al niño. Si se trata de un sostén informativo, o de que algún adulto contenga

la experiencia del niño sin invadirlo, o si se trata de un sostén de determinadas operaciones simbólicas que el niño va a demandar: desde la tolerancia a mecanismos de renegación o de desplazamiento, hasta el otorgar palabras, ideas y representaciones. (p. 580).

En esta idea de sostén del niño que plantea Casanova (2014), es de importancia puntualizar que la muerte de un familiar en todos los casos, sin excepción, es definida como un acontecimiento y no como un accidente (más allá del modo en que sucedió). Dice el autor:

Hay que definir la muerte de un familiar ligada a las relaciones inmediatas de parentesco de un niño como un acontecimiento y no como un accidente. Esto no significa minimizar su carácter experiencial ni tampoco azaroso, pero sí subrayar su carácter problemático y problematizante. No es un acontecimiento entre otros. Por no ser tal, produce necesariamente efectos, tanto en el ambiente psíquico que rodea al niño como en el mismo niño. (...) en todos los casos aumenta la exigencia de trabajo para el psiquismo del niño. Esta mayor exigencia conmovirá de un modo transitorio o definitivo factores, elementos u operaciones propios del momento estructural que esté atravesando el niño. (p. 585).

En los duelos más tempranos, el adecuado posicionamiento simbólico de los adultos a cargo del niño actúa impidiendo que esa conmoción desmorone categorías ya adquiridas o altere su construcción. Este posicionamiento no tiene un carácter meramente abstracto, supone por el contrario sostener las operaciones defensivas a las que el niño necesita acudir, así como sus manifestaciones de desborde emocional y pulsional. Nos referimos al sostén de operaciones escenificadas de renegación, de desplazamiento, de identificación o sustitución, así como también a la contención de alteraciones pasajeras de conducta o trastornos en sus funciones corporales (hiperactividad, incremento de demandas, trastornos esporádicos en el sueño, en la alimentación o Indisposiciones físicas transitorias). Es necesario, sin embargo, no olvidar que el duelo por el que transita el adulto, sumado o no a fallos previos en su posicionamiento simbólico, genera reacciones que afectan ese sostén. Esas reacciones pueden inducir, exacerbar u obstruir –más aún en un niño que carece de capacidades simbólicas– mecanismos de defensa (como los de re-negación o

mecanismos maníacos) o pueden producir, si la reacción del adulto es de retracción, fracasos en la libidinización del niño. Estos fracasos, a su vez, pueden predisponer a la enfermedad depresiva o psicósomática (Casanova, 2014).

Todo este proceso de duelo en la niñez planteado por Casanova (2014) lleva tiempo. Tiempo para que la compulsión a la repetición, con sus aspectos negativos y creadores, pudiera tener lugar; tiempo para poner en acto identificaciones, no sólo con el objeto perdido sino también con las modificaciones operadas por ese duelo en objetos de su entorno. Tiempo para poder ir descubriendo en sus conductas, en sus juegos, en el dibujo, en el modelado, en sus palabras, el tipo de pérdidas o faltas que su renegación recubría.

Este tiempo según Casanova (2014) va a posibilitar condiciones que le permitan al niño sostener sus preguntas, reubicarse en sus relaciones de parentesco y transitar por ese camino en el que muerte y deseo de muerte se confunden.

El aparato psíquico del niño recién constituido necesita realizar un trabajo de desplazamiento y reubicación de la fuente del dolor para que el olvido no sea imposibilidad de sentir, imaginar o pensar ni que la sombra del recuerdo lo incline al dolor que produce el hecho de obstinarse en la historia que podría haber sido (Casanova, 2014).

En el texto “Duelos en la infancia, características, estructura y condiciones de posibilidad”, Donzino (2003) se pregunta si la infancia es el tiempo lógico para un trabajo de elaboración de pérdidas semejantes y bajo qué condiciones.

El autor diferencia en el trabajo la “pérdida” o “fallecimiento” del “duelo”. Dice que “la consideración más frecuente es ligar el duelo con una pérdida. Y en sentido estricto, no hay duelo sin la pérdida de un objeto. Pero la inversa no es necesariamente así: no ante toda pérdida vamos a encontrarnos con un duelo” (pp. 39 y 40).

En cuanto a la definición de duelo, menciona:

El duelo es un trabajo, un proceso simbólico, intrapsíquico, de lento y doloroso desprendimiento de un objeto catectizado, que supone un reordenamiento representacional. Es la elaboración psíquica sobre el estatuto de un objeto que ha devenido ausente. En este sentido es humanizante y enriquecedora de la vida anímica. Su contracara, la melancolía, o duelo patológico, en cambio, muestra justamente el fracaso de esta simbolización. (Donzino, 2003, p. 40).

Si tomamos en cuenta los tres aspectos que Freud considera en *Duelo y Melancolía* (el examen de realidad, el lento proceso y la opción del yo), tanto la construcción de la realidad como la constitución del yo en su capacidad de seguir un mandato erótico son aspectos que en la infancia están en proceso de estructuración. ¿Está el niño en condiciones psíquicas de realizar ese examen de la realidad y promover que su yo decida por las satisfacciones narcisistas de la vida, cuando la percepción del tiempo, la relación con la realidad y la construcción de su narcisismo responden, como investigó Winnicott, a un proceso gradual que implica al tiempo, donde esos objetos externos son su apoyatura...? Ciertamente, Freud se está refiriendo a un trabajo sólo realizable con la condición precisa de que la categoría de objeto ausente se haya simbolizado. (Donzino, 2003, p. 41).

Es necesario según el autor establecer categorías diferenciales respecto del momento vital en que se haya producido una pérdida.

Diariamente, imperceptiblemente, los niños y los adultos nos enfrentamos a pérdidas a las que podemos resignarnos. No desestabilizan el narcisismo. Son separaciones que representan que sólo una parte se separa, se resigna, de un todo, pero ese todo sigue inalterable. El mantenimiento de ese "todo" remite a la economía narcisista de un sujeto. (Donzino, 2003, p. 47).

Donzino (2003) escribe que "el duelo es básicamente un proceso de reinversión de algo que, paradójicamente, debe ser desinvertido. Trabajo que debe realizar el Yo del sujeto psíquico". (p. 47).

La primera premisa que nos imponen los casos, es que un niño en duelo está inmerso en un medio ambiente aquejado también por una pérdida. No es posible el duelo de un niño aislado, ni desligado de una historia. Ese medio ambiente es la familia, más específicamente los padres (Donzino, 2003, p. 48).

Donzino (2003) plantea que la palabra del adulto, del padre superviviente, la negación o el silencio tienen durante la infancia consecuencias que son determinantes dado que los padres sostienen funciones estructurantes.

En este punto, el autor plantea algunos interrogantes interesantes ¿Cuáles son las condiciones que permiten que un duelo sea llevado adelante o no?...

¿En qué medida el duelo del niño queda imposibilitado, frenado o dificultado a partir de la mentira de los adultos, de su silencio?...

Versiones tales como “está en el cielo”, “se quedó dormida”, “se transformó en un ángel”, etc. las vemos emerger en las más variadas formas sintomáticas y fobias. Las del silencio, en otra variedad de cuadros quizá más graves, psicósomáticas, adicciones, vacíos. ¿Pero qué decir ante aquello que Freud descubrió, que no hay representación?... (Donzino, 2003, p. 49).

El silencio, las mentiras o las explicaciones falsas, exigen al niño realizar un doble trabajo. El niño “sabe” que algo ha pasado, no sabemos qué representación tiene de la muerte, pero sí que tiene una inscripción de lo ocurrido, una percepción de que alguien no está. (Donzino, 2003, p. 49).

El autor refiere que esta percepción de lo ocurrido debe ser falseada en función de lo que le cuenten como ocurrido. El niño debe renegar una convicción en función de una palabra mentirosa. Esto supone la acción de un mecanismo renegatorio. (Donzino, 2003).

Luego de este primer tiempo del duelo donde aparece el mecanismo renegatorio, aparece un segundo tiempo. En este punto, el autor teoriza:

El segundo tiempo del duelo propiciado por la renegación “normal” previa, consiste en la producción de fantasías de reencuentro con el objeto perdido o de seguir sus pasos y morir con él, que supone ya una modificación del contenido renegado: se acepta la idea de su desaparición, pero cabría un reencuentro en algún otro lugar. Fantasías que se toparán tarde o temprano con la prueba de la realidad, la opción entre la vida o la muerte con la consecuente posibilidad de una salida elaborativa. (Donzino, 2003, p. 49).

El autor manifiesta que los duelos en la infancia son distintos a los de la edad adulta. En general no es observable en la clínica la tristeza ni el

abatimiento sino lo que se ha denominado “equivalentes depresivos”. Ellos comprometen al cuerpo del niño y se presentan bajo diferentes formas según lo temprano de la pérdida (Donzino, 2003).

Estas formas que menciona el autor son:

a) Desaparición brusca de adquisiciones en su desarrollo intelectual, afectivo o motor.

b) Retracción autoerótica: chupeteo, aislamiento, balanceo, apatía hacia el medio seguida de un período de llanto inconsolable.

c) Trastornos del sueño y de la alimentación (pesadillas y anorexias tempranas).

d) Distracción escolar; descenso del nivel escolar.

e) Manifestaciones de ansiedad:

- más o menos manifiestas: tics; rituales; fobias; miedos (a extraños, a la soledad, a la oscuridad); parloteo incesante; voracidad o agitación incontrolable (por lo general detectables en la escuela).

- o latentes: sobreadaptación, retraimiento silencioso (por lo general estas manifestaciones pasan inadvertidas por los maestros).

f) Enfermedades recurrentes: otitis, anginas, trastornos gastrointestinales.

g) Transformaciones de lo sufrido pasivamente a su forma activa: niños que se posicionan como perdedores crónicos, o se exponen a riesgos y accidentes.

Donzino (2003) describe condiciones de posibilidad de elaboración de duelos por parte de un niño según sea su nivel de constitución psíquica. Puntúa tres condiciones siguiendo para ello a un analista francés, Guite Guerin:

1ª) La aceptación de la pérdida. Reconocimiento de que el objeto ha muerto y que ello es irreversible e irre recuperable. Ello supone, además, la aceptación de la propia muerte como un destino inevitable.

2ª) Que el sujeto no se identifique con la causa de la muerte del ser querido.

3ª) Que la muerte no reavive una pérdida anterior no metabolizada (condición esta última generalmente faltante en la mayoría de los casos que consultan). (Donzino, 2003, p. 51).

La pregunta, pertinente que se hace el autor es la siguiente: ¿Podrá un niño cumplir al menos con estas tres condiciones? Su respuesta es la siguiente:

Inicialmente diremos que sí, pero sólo desde el momento en que el niño posea lenguaje y simbolización del objeto como ausente, distinción entre lo animado e inanimado, pasado, presente y futuro y relaciones causa-efecto. A partir de allí podremos hablar, teóricamente, de duelo en sentido estricto. Previo a ello, la pérdida, será significada como abandono o inscripta como vacío (Donzino, 2003, pp. 51 y 52).

Para pensar el estatuto de las pérdidas en cada momento crítico del armado del psiquismo, Donzino (2003) plantea como importante precisar los siguientes hitos en dicha estructuración:

1- La capacidad simbólica del niño que ha sufrido una separación (fundamentalmente de la madre) antes de los seis meses, no permite una representación psíquica que sitúe al objeto como externo a él. Dicha pérdida no es significable como tal, sino como una ausencia infinita o como un agujero en su cuerpo (p. 52).

2- La capacidad simbólica del niño desde los seis meses hasta el año y medio, abre un panorama distinto. El niño empieza a diferenciar a la madre como un objeto externo e independiente de él. La posición depresiva infantil plasma en el psiquismo del niño la posibilidad de pérdida del objeto total amado, el Yo unificado del niño estará en condiciones de soportar el dolor por su odio hacia el objeto. Además, el surgimiento de la pulsión de dominio permite el ejercicio del juego del fort-da, hito central en la adquisición de la categoría simbólica de la ausencia. El tiempo y el espacio pasan a tener otra organización en la mente del infante (Sami Ali; 1976) y el proceso secundario comienza a estabilizarse junto al surgimiento de la palabra (p. 53).

3- La adquisición del lenguaje, entre los dieciocho meses y los dos años, marca el período donde la palabra aporta el mayor poder de ligadura representacional. La capacidad de experimentar culpa y la fantasmaticación de escenas –posibilitada por

la existencia de símbolos e imagos— permitirá el despliegue lúdico y la interpretación de los hechos según los modelos pulsionales predominantes (p. 53).

4- Sólo resta incorporar a partir de los tres años, el juicio de existencia y el examen de la realidad que le permitirá preguntarse ¿qué es lo que perdí?, ¿dónde está lo que perdí?, para estar en condiciones de elaborar un duelo. El dominio del lenguaje y la simbolización posibilitarían a través del juego, recrear, al modo de un compañero silencioso, la elaboración de la relación con el objeto perdido, de la misma manera que en las fantasías y en los recuerdos haría la elaboración del duelo un adulto (p. 53).

Para finalizar, es interesante puntualizar que la práctica es compleja ya que en la clínica analizamos un sujeto en su singularidad y no sólo un duelo. La búsqueda del trabajo de duelo en la infancia es para liberar lo que comprometa a su psiquismo (Donzino, 2003).

Para continuar con los aportes actuales sobre el duelo en la infancia, tomaré algunas ideas del libro *Los niños y la muerte*, específicamente del capítulo “Estar en Duelo” escrito por Guite Guerin (1975).

Poder aceptar la muerte del otro significa aceptar un ya nunca más de la mirada, la voz, la ternura, soportes de los intercambios con el otro; una ausencia de futuro en el proyecto imaginario común; el punto final en la partitura de uno de los instrumentos de nuestra sinfonía fantasmagórica. (Guerin, 1975, p. 149).

Con relación a la aceptación de la muerte y las condiciones para el duelo Guerin dice que es preciso poder desidentificarse de la causa de la muerte, evitar pensamientos del tipo: le hice sufrir, -no le hice el bien que debía, yo hubiera podido impedir su muerte- no le amé lo suficiente. En la medida en que estos pensamientos permanecen inconscientes, llevan consigo los remordimientos y la culpabilidad. Cuando son conscientes, son destructores para el sujeto, en la medida que constituyen el eco de los mismos fantasmas agresivos inconscientes. Otra condición es aceptar la propia muerte futura en tanto que destino. Esto permite pensar que el desaparecido pudo, en un determinado momento, aceptar la propia, y en cierto modo, libera el campo del duelo. La muerte no es un accidente. Cualquiera que sea su causa inmediata, es inevitable, debe serlo y lo es (Guerin, 1975).

Esto que considera el autor de que la muerte no es un accidente, que cualquiera sea la causa, es inevitable, debe serlo y lo es, es interesante pensando en la causa de muerte del padre de Diego. Esto de pensar en lugar de “accidente” en un “acontecimiento” permite aceptar la situación e iniciar el proceso de duelo. Asimismo, es coincidente con lo que reseña Casanova (2014) de la muerte como acontecimiento en su trabajo.

El autor también teoriza que es necesaria una última condición que no se da con frecuencia. Es necesario que la muerte no reavive una pérdida anterior reprimida, no metabolizada. La adición de las pérdidas puede ser entonces demasiado pesada y aplastar cualquier movilización efectiva (Guerin, 1975).

Guerin (1975) se refiere al inicio del duelo y escribe que cuando el duelo es posible necesita un cierto tiempo y pasa por una fase larga de idealización del ser perdido. En cambio, cuando la elaboración del duelo es imposible, la represión de la pérdida implica la anulación de la relación anterior. Esto es característico de las defensas obsesivas. Otra forma de perpetuar el vínculo con el muerto y evitar su pérdida es la transformación de nuestros sentimientos en sus contrarios.

En palabras del autor *“la anulación de la relación o la reconversión de los sentimientos hacia el muerto en sus contrarios, economizan (evitan) la elaboración dolorosa del duelo que, en cierto modo, no se ha realizado”* (Guerin, 1975, p. 151).

Para que un niño logre metabolizar un duelo son necesarias las siguientes condiciones: 1) una relación con el otro cuya ambivalencia no negativice el amor, 2) una relación que no implique una identificación con el muerto de tal forma que el vivo se convierta en “muerto”, 3) la aceptación de su propia muerte, así como la del otro y 4) la ausencia de reactivación por la situación actual de un duelo anterior no metabolizado (Guerin, 1975).

La idealización del padre muerto cristaliza el conjunto de los sentimientos positivos del niño sobre el desaparecido. Los sentimientos negativos los dirige hacia el vivo o hacia el que sustituye al desaparecido. Esto es origen de dificultades suplementarias. Sin la presencia efectiva de un padre, el niño necesita seguir considerándole bueno, poderoso, generoso, amante, es decir, mantener ese

soporte de su identificación fuera del alcance de su agresividad (Guerin, 1975, p. 155).

En cuanto al fin de un duelo, considera que se marca de varias maneras. La “paz” con el desaparecido deja disponible la afectividad para otros intereses, para disfrutar de la vida. Por último, escribe que cuanto más pequeño es el niño, mayores serán los efectos de la herida. Esto supone una duración subjetiva del duelo más prolongada para el niño que para el adulto (Guerin, 1975).

Para finalizar el recorrido de los aportes actuales en cuanto al duelo en la infancia, la autora Lidia T. Scalozub (1998) escribió el texto “El duelo y la niñez” en el cual destaca el valor del sistema defensivo que suelen desarrollar los niños frente a una pérdida significativa. La autora piensa que la noción de ausencia definitiva que implica la muerte no puede ser aprehendida por un niño, si no media un trabajo psíquico que requiere ser sostenido.

En algunas ocasiones la función de sostén puede estar invertida y el niño verse forzado a “dar consuelo” al adulto que se encuentra afectado por la pérdida. La importancia de que los adultos significativos a cargo del niño otorguen sostén está vinculado con las defensas que el niño desarrolla y que darán el tiempo para que el trabajo de duelo sea iniciado (Scalozub, 1998).

Es importante remarcar que en el niño la ausencia definitiva que implica la muerte es comprensible gracias al registro de las categorías presencia-ausencia y de sus cualidades transitorio-definitivo, las cuales son adquisiciones que se irán logrando a lo largo de la estructuración del psiquismo (Scalozub, 1998).

La necesidad aporta investidura a las representaciones de objeto. En este punto, es interesante remarcar la dificultad del niño en soportar el dolor psíquico. Su necesidad del otro significativo, del que depende, hará que el dolor para su psiquismo en constitución pueda tornarse insoportable ante una pérdida por la añoranza del otro (Scalozub, 1998).

La autora plantea que en la niñez el cuerpo llora el dolor psíquico. Por esto, hay un modo particular de conducirse de la angustia y el dolor en la infancia. Al niño le es más difícil el abandono de las investiduras narcisísticas ya que al mudarlas en sobreinvestiduras de la representación objetal (por el dolor psíquico) esto implica un desasimiento de la ligazón con el objeto. Ello genera un estado psíquico de desamparo que no siempre el niño puede tolerar (Scalozub, 1998).

Scalozub (1998) va a expresar que el duelo podría iniciarse durante la infancia y finalizar en otro momento del desarrollo o inclusive en la adultez cuando la pérdida acontece durante la niñez. Esto es debido a la dificultad que tiene el niño de hacer el examen de realidad que requiere el proceso de duelo, lo cual lleva a este proceso a una suerte de “stand-by”, para ser procesado en momentos posteriores de su vida y de los avatares de su estructuración psíquica.

Por último y un tema interesante a puntuar, es que la autora expresa que el niño posee una posición de hijo, y es esta posición la que podrá cambiarse, invertirse o sufrir distorsiones en los avatares del duelo en la familia. Por tanto, ese tiempo de espera en el trabajo de duelo tiene una posibilidad de realización en la trama vincular familiar, la cual es un ordenamiento de lugares –con determinados nombres- y entre los cuales se establecen vínculos con funciones específicas aportadas por las leyes del parentesco (Scalozub, 1998).

4.3- Los avatares del trabajo de duelo durante el complejo de Edipo

¿Qué pasa entonces cuando durante el Complejo de Edipo fallece el padre, como en el caso de Diego, y la situación triangular no es posible?

Dolto (1985) dice que el niño, en sus ensueños, a través de la muerte elimina al rival molesto. Por ende, la muerte real de uno de los padres siempre es un trauma si sobreviene durante este período edípico.

En el caso del niño que presento en este trabajo, la pérdida del padre en aquel período de estructuración edipiana, que es el de las fantasías incestuosas y de rivalidad con el progenitor del mismo sexo hace que pierda

a su rival y a la vez objeto de amor de quién aún precisa atención y cuidados.

Dolto (1985) hace una relación en su teoría entre la muerte y la crisis edipiana interesante de puntualizar. En este punto la autora dice:

La muerte es, en efecto, un tema que los niños que pasan por la crisis edipiana gustan de abordar. Cuando aún no han presenciado la muerte en su familia, ignoran lo que puede significar para los seres humanos. A los niños les gusta mucho jugar a la muerte, a darla, a recibirla, a representar con gestos la agonía: se trata de fantasías muy estructurantes. (p. 213).

Dolto (1985) continúa con el tema considerando que la muerte real de uno de los padres es un trauma que agrava la angustia de castración; el niño se considera castigado o por el contrario apoyado en un deseo incestuoso sin obstáculos.

La autora da un paso más en su conceptualización y también menciona la situación del progenitor que queda viudo y su influencia en el complejo de Edipo del hijo. Refiere:

El progenitor viudo contribuye, al menos momentáneamente, por las reacciones de abandono y de agresividad inconsciente contra sí mismo que acompañan la labor del duelo, a bloquear el establecimiento de los términos del complejo de Edipo: el niño no comprende que ese cónyuge viudo o abandonado no remplace enseguida el cónyuge desaparecido, que él tanto necesita. Suele operarse entonces en el niño una regresión más grave aún que la del padre abandonado: el niño recarga en este toda la carga afectiva y el padre o madre le hace coro, lo cual provoca una regresión del niño a las fases anteriores de la libido. Todo duelo provoca momentáneamente semejante regresión. Pero las pulsiones genitales no se pueden arriar, y el pequeño Edipo en duelo del rival se vuelve un poseedor patógeno del padre que quedó viudo (Dolto, 1985, p. 214).

Una posibilidad de resolución de la situación mencionada anteriormente es la aparición de una tercera persona que posibilite triangular. En el caso de Diego podríamos pensar que su tío de Bahamas intenta operar como terceridad aun a la distancia y habla mucho con Diego en sus visitas a Argentina.

Esto se puede asociar teóricamente con lo planteado por Dolto (1985) quien teoriza que es importante que una tercera persona tenga con el niño charlas donde hable claramente de la muerte, de la desaparición física de su padre o su madre. Es importante para el niño certificar que aquello ocurrió por el destino personal del adulto y de ninguna manera por sus pensamientos o su falta de amor.

Dolto (1985) sugiere ante la falta de padre en la vida de un niño aclarar el papel inicial paterno en terapia, en cuanto a ese deseo que hizo que su madre se embarazara de él.

Refiere lo siguiente: "Ese papel primordial del padre ausente permite que el niño abandone las identificaciones con las mujeres que lo crían y que oriente su proceso hacia otros objetos y sobre todo hacia la persona fantaseada del progenitor real, del hombre que hizo que fuera su hijo" (p. 208). Dice la autora que aun cuando el niño lleve el apellido de su padre muerto es importante esa revelación de un tercero para asegurar su virilidad y asumir su sexo (Dolto, 1985).

Dolto (1985) considera que, ante la ausencia de explicaciones sobre el papel del deseo del padre con respecto a la madre, sobre su papel procreador, el niño no posee ley alguna que le permita fundar, según su naturaleza (falocentrífuga), su narcisismo viril.

Dolto (1985) considera que saberse hijo de su padre da al niño el derecho de identificarse en adelante con hombres; su estructura sufre una conversión cuando abandona las identificaciones con la madre, primer modelo adulto.

Para finalizar con la autora, Dolto (1985) expresa:

Un niño criado sin padre al descubrir el sexo femenino en las niñas no encuentra en casa ningún apoyo masculino. Aprehede su pene como un simple hace pipí erótico. No se atreve a preguntar nada a nadie. Permanece anidado en las faldas de su madre mucho más tarde que los demás y, como la madre carece de hombre, suele tener por ese niño una actitud posesiva, de rivalidad frente a las otras mujeres, en las que el niño siente un peligro mutilador. (p. 207).

Por su parte, Casanova (2014) con relación a los avatares del duelo durante el complejo de Edipo plantea que el orden de lo pensable que la categoría de presencia y ausencia inaugura, anudado al orden de lo imaginable, adquiere un nuevo nivel de complejidad cuando el niño llega a este momento de encrucijada estructural.

El autor manifiesta que los fenómenos que suceden durante el momento edípico permiten que el niño descubra su alteridad y su capacidad interpretativa para otorgar sentidos. Esta búsqueda de sentido posibilita que pueda trabajar el duelo que le toca vivir, a través de preguntarse qué es la muerte y quién es el muerto (Casanova, 2014).

En el encuentro con un enigma y con un acontecimiento (la muerte) el niño sólo puede interrogar en términos relacionales: dónde está el muerto, por qué está solito, por qué no estaba ese día en la foto con su papá, por qué la mamá no fue al cementerio el Día del Niño, por qué mamá llora; por qué ahora papá nunca está en casa; por qué no puedo prender la tele; por qué no puedo jugar con la ropa de mi hermanita.

Detrás de estas preguntas se desliza una central: el niño quiere saber cómo fue la historia libidinal propia y de los otros con ese objeto que murió, pero también desea saber los lugares que ocupan ese objeto y él mismo en esos otros significativos que constituyen su entorno actual (Casanova, 2014, p. 586).

Durante el análisis de un niño estos interrogantes poseen una categoría de indicio: permiten vislumbrar que la significación de esa muerte comienza a ser para el niño algo personal íntimamente ligado a su proceso de historización (Casanova, 2014).

Esto último planteado por el autor, es coincidente con lo consignado por Dolto (1985) del “papel inicial paterno”, cuando el padre ha muerto durante el Complejo de Edipo, es importante para la autora incluir el deseo del padre como parte de su proceso de historización y aclarar al niño la relación del muerto con su entorno

4.4- El trabajo de duelo y su observación en la viñeta clínica de Diego

Hay dos elementos para pensar el trabajo de duelo en el caso de Diego: 1) el grado de estructuración psíquica del niño y 2) el funcionamiento del entorno familiar.

Respecto al grado de estructuración psíquica, el duelo en el niño está íntimamente ligado al nivel de su estructuración psíquica según sea su edad. La pérdida de un ser querido es diferente según se haya tramitado o no la diferenciación yo- no yo. En el caso de Diego, aconteció la muerte de su padre cuando tenía seis años donde aun el niño no comprende los conceptos de universalidad e irreversibilidad de la muerte si bien ya ha logrado establecer la diferenciación yo- no yo.

En ese momento del desarrollo psíquico la pérdida da lugar a vivencias de conmoción, desconcierto, ambivalencia e ira por haber sido abandonados. Es habitual, como sucede con Diego, también observar comportamientos regresivos de estadios anteriores, en su caso la encopresis secundaria daría cuenta de esto último.

La importancia de la edad del niño al momento de la muerte guarda relación con la adquisición del principio de realidad para tomar conciencia que el ser amado ya no está. Por ende, lo primero a trabajar es lograr el reconocimiento de la pérdida a través del principio de realidad. Luego, como segundo momento es importante desinvertir el objeto perdido por medio de los recuerdos lo cual en los niños lleva más tiempo y por último y como tercer momento aparece la victoria del narcisismo, del deseo de vivir a pesar de la pérdida.

En cuanto al segundo elemento, el entorno de Diego, no hay un sostén narcisista por parte de la madre por lo que el niño fuerza una posición extremadamente autosuficiente apelando a la omnipotencia infantil.

Uno de los avatares y efecto del duelo en la infancia en el caso de Diego podría ser el sentirse culpable de esa muerte. Al registrar la ausencia paterna y entender que no depende de él, su narcisismo queda golpeado y el entorno es el que puede apoyar o dificultar dicha situación. En la familia de Diego, el entorno fue sacudido, la madre desbordada, buscando

descargas para el dolor que siente, por lo que él no muestra dolor y continúa con su vida habitual al no encontrar un refugio. Podemos hipotetizar que esa culpa inconsciente ha quedado silenciada sin encontrar el modo adecuado de manifestación.

Diego sufre por su padre en silencio y también sufre por el dolor de su madre por lo que intenta traerla a la vida, desafiándola y convocando de este modo su atención. El entorno que sostenía a Diego antes de la muerte del padre ya no lo hace, queda desprotegido con su madre en un estado de desvalimiento, dependiendo de su tío que vive en Bahamas para lo económico y sin vínculos significativos a excepción de la díada madre-hijo.

Podemos pensar que en el entorno de Diego la pérdida del padre no ha podido ser elaborada. La madre transita un duelo patológico y el niño como parte de sus manifestaciones presenta equivalentes depresivos, a saber, encopresis secundaria. Pareciera que es Diego con su “adultización” prematura, quien sostiene en el vínculo con su madre buena parte de los efectos del duelo. Lo que fue mencionado por el niño en la entrevista vincular de “querer tener dieciocho años para irse de su casa”, da cuenta de la falta de sostén materno y lo dificultada que se encuentra Sandra para acompañar a su hijo en el proceso de simbolizar una pérdida, que ella aún no habría podido tramitar.

Por otra parte, y en cuanto a lo traumático de la muerte, la madre de Diego no habría logrado operar como filtro ante el exceso del trauma, sin lograr un adecuado posicionamiento simbólico como adulta a cargo. El propio duelo de Sandra afecta la posibilidad de alojar a su hijo e incluso aparece durante el análisis de su hijo la pregunta acerca de si es buena madre y su miedo a que la familia paterna del niño pudiera quitarle la custodia.

Por tanto, el efecto del duelo es un aumento de exigencia de trabajo para el aparato psíquico de Diego y a su vez esta exigencia puede conmover elementos del momento estructural que está atravesando el niño, lo cual fue detallado previamente en el apartado del Complejo de Edipo.

En otra línea de análisis, es importante enunciar que la pérdida que vivió Diego deja un “lugar vacío” que es el del padre. Esta falta del tercero durante el momento de la resolución de la conflictiva edípica, como ya ha sido teorizado previamente, explica la maraña en que quedan los dos, madre e hijo, quienes se encuentran en un vínculo parejo y atrapante.

También cabe destacar las defensas obsesivas de Diego, cuyos indicios se observan en el discurso del niño cuando refiere no recordar a su padre, “solo que trabajaba mucho”, o no logra manifestar sentimientos actuales hacia él, diciendo “ya lo superé”. Esto se puede relacionar teóricamente con la anulación de esta relación para evitar la elaboración dolorosa del duelo propuesta teóricamente por Guerin (1975). También la ambivalencia afectiva del niño nos hace pensar en defensas obsesivas, en el vínculo con su madre, donde aparece el amor (preocupación) pero también el enojo, el odio ante las peleas y el deseo de alejarse de ella.

En cuanto a la encopresis, el equivalente depresivo que aparece en Diego, Janin (2018) expresa que sería un modo de repetir compulsivamente un estado en el que el objeto se va sin que se pueda hacer nada para retenerlo. Así como el padre, un pedazo de él mismo se le escapa cotidianamente, sobre todo al dormir según menciona su madre, presentificando la situación de la desaparición del otro. Esta repetición de la pérdida a través de su propio cuerpo se relaciona con el carácter traumático de la muerte de su padre para su psiquismo en estructuración.

Este síntoma de “hacerse encima” al que Sandra hace alusión en el cierre del espacio de análisis guarda relación directa con el duelo en la infancia. Otra manifestación conductual propia del trabajo de duelo sería el desafío constante de Diego hacia su madre.

Winnicott en el texto “El terror al derrumbe” (1963) dice algo interesante con relación a la pérdida: “Ha tenido lugar algo que no tiene lugar, ha tenido lugar algo que no tiene lugar psíquico”. Por ende, el lugar donde se expresa esto que no tiene lugar suele ser muchas veces el cuerpo, como en el caso de Diego y su encopresis secundaria (Scalozub, 1998, p. 379).

Citaré un recorte puntual del tratamiento con el niño. En una de las sesiones, Diego propone hacer un sapito en papel para jugar. Realiza el mismo con papel, tijera y birome, anotando colores y números y solicitando a la analista que incluya “prendas”. En el juego dentro de las prendas anotadas por la analista le toca a Diego decir cuál fue su recuerdo más triste. El niño responde: “Fue una vez que me lastimé la rodilla el año pasado”. Se queda pensando y dice: “En realidad fue cuando murió mi papá, pero ya lo superé”. Después de muchos rodeos y de varios meses, el niño logra nombrar a su padre asociado al dolor durante el tiempo que duró el análisis, a través de un recurso lúdico propuesto por él, colocando voz, a través de la palabra, a su sufrimiento psíquico.

5. CONSIDERACIONES FINALES

El tiempo de la infancia es un momento donde la elaboración de pérdidas significativas puede ser iniciada siempre y cuando haya un entorno que acompañe. También cabe destacar la importancia del momento de la estructuración psíquica en el cual devino la pérdida de un ser querido, sobre todo por la importancia del lenguaje y de las categorías de presencia-ausencia que son herramientas fundamentales que permiten iniciar el trabajo de duelo durante la infancia. En el caso de Diego al haber perdido a su padre durante el complejo de Edipo y estar atravesando un momento en el cual la triangulación es necesaria, los avatares que aparecen tienen que ver con el vínculo actual con su madre y la falta del modelo paterno (masculino) en el momento en el cual la identificación es sumamente importante.

La posibilidad que tiene el niño del presente trabajo de tramitar la pérdida de su padre es a través de equivalentes depresivos, según la teoría de Janin (2018), que en su caso incluyen al cuerpo y más específicamente la encopresis secundaria. Puedo afirmar, luego de este recorrido teórico, que los niños tramitan el dolor a través del cuerpo, con conductas disruptivas, desafíos ante el progenitor vivo y de muchos modos que son distintos al del adulto. El gran trabajo que implica procesar una pérdida implica un esfuerzo enorme para un psiquismo en estructuración.

Es posible que ante el acontecimiento catastrófico que representa la muerte de un padre durante el complejo de Edipo, el trabajo de duelo sea una constante que atraviese la vida de Diego y logre resolver en la vida adulta, en un segundo tiempo, con otras herramientas y sin la dependencia actual al entorno familiar compuesto por su madre.

Por último y en cuanto a lo que fue el trabajo con Diego, debido a la brevedad del análisis y el final que tuvo por elección de su madre, el camino quedaría abierto para otra mostración transferencial a futuro, al dejar inconclusa la elaboración del proceso de duelo de su padre.

BIBLIOGRAFÍA

Bruner, N. (2008). *Duelos en juego. La función del juego y el trabajo del duelo en la clínica psicoanalítica con bebés y niños con problemas en el desarrollo*. Letra Viva: Buenos Aires.

Casanova, E., Merea, A., Morici, Silvia y cols. (2014). Algunas consideraciones sobre los duelos en la infancia. *Revista de Psicoanálisis I* Tomo LXXI N° 4 (p. 577 a 589).

Dolto, F. (1985). El complejo de Edipo, las etapas estructurantes y sus accidentes. En *En el juego del deseo*. (2da. Ed., pp.185-232). México: Editorial Siglo XXI.

Donzino, G. (2003). Duelos en la infancia: características, estructura y condiciones de posibilidad. En *Cuestiones de infancia*, 7, 39-57. Buenos Aires: UCES.

Freud, S. (1897). Manuscrito N, Fragmentos de la Correspondencia con Fliess. En *Obras Completas*, Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu. (2° edición, 1984).

Freud, S. (1899). La interpretación de los sueños. Punto D. Sueños Típicos. Sobre el sueño de la muerte de los seres queridos [1900 (1899)]. En *Obras Completas*, Vol. IV. Buenos Aires: Amorrortu. (2° Edición, 1984).

Freud, S. (1905). Tres ensayos para una teoría sexual. En *Obras Completas*, Vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu. (5° Edición, 1993).

Freud, S. (1910). Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre. En *Obras Completas*, Tomo XI. Buenos Aires: Amorrortu. (2° edición, 1986).

Freud, S. (1917). Duelo y Melancolía. En *Obras Completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu (2 edición, 1986).

Freud, S. (1923). El Yo y el Ello. En *Obras Completas*, Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu (2° edición, 1986).

Freud, S. (1924). El sepultamiento del complejo de Edipo. En *Obras Completas*, Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu. (2° edición, 1986).

Guerin, G. (1975) "Estar en duelo". En *El niño y la muerte*. Raimbault, Ginette. Editorial Saltes: Madrid.

Janin, B. (2008). Niños encopréticos: la organización anal y sus perturbaciones. En *Cuadernos de psiquiatría y psicoterapia del niño y del adolescente*, 45/46,39-62.

Janin, B. (2011). Enuresis y encopresis. En *El sufrimiento psíquico en los niños* (pp. 149 a 178). Buenos Aires: Editorial Noveduc.

Janin, B. (2018). Los duelos y sus avatares en la infancia. En *Revista de la sociedad argentina de psicoanálisis*, N°21/22, 37-47.

Neves, N. y Hasson, A. (1994). *Del suceder psíquico. Erogeneidad y estructuración del yo en la niñez y la adolescencia*. Ediciones Nueva Visión: Buenos Aires.

Scalozub, L. (1998). El duelo y la niñez. Más allá de las fronteras del Psicoanálisis. En *Psicoanálisis APdeBA* - Vol. XX - N° 2, 367- 383.